HARLEQUIN®

Bianca®



No sin amor

Maggie Cox

No sin amor

Maggie Cox



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Maggie Cox. Todos los derechos reservados.
NO SIN AMOR, Nº 1674 - septiembre 2010
Título original: Mistress on Demand
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8972-8
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

SOPHIE SE había despertado con el desagradable presentimiento de que el día no iba a marchar bien. Estaba tan crispada que se había manchado todo el pijama al apretar el tubo de pasta de dientes; luego, había estado a punto de derramar su café sobre el vestido cursi que se había puesto a regañadientes para la boda de Diana. Ella odiaba las bodas, pero Diana era su mejor amiga y le había pedido que fuera testigo del enlace.

Y su suerte sólo parecía empeorar. Cuando llevaba más de la mitad del camino hacia el Registro Civil, el coche se le estropeó en medio de la carretera. Sophie no tuvo otra alternativa que seguir su camino a pie. El seguro del coche no era a todo riesgo, así que no podía avisar para que fueran a ayudarla. Y además, como había salido corriendo de casa, se había dejado el teléfono móvil en la mesita de la entrada... ¡junto con su bolso! Así que ni siquiera tenía dinero para un taxi.

Por si fuera poco, llevaba lloviendo toda la mañana y las calles parecían ríos. Sophie echó a andar cubriéndose como podía con el paraguas y, cuando creía que las cosas no podían ser peores, un reluciente Rolls Royce pasó a toda velocidad junto a ella, salpicándola de arriba a abajo. Ella se detuvo furiosa mientras veía cómo su abrigo y sus zapatos se tornaban grisáceos y luego maldijo en voz alta, gritando hacia el coche.

Para su sorpresa, vio que el vehículo se detenía junto a la acera unos metros más adelante. Sin dudarlo, Sophie se apresuró hacia él dispuesta a demostrar su indignación a su ocupante. Ya que ella iba a llegar a la boda de su mejor amiga con el aspecto de una pordiosera, al menos el pasajero de ese Rolls Royce recibiría parte de su furia.

Estaba segura de que el propietario de ese coche era un hombre. Sólo un bruto insensible y desconsiderado habría pasado a toda velocidad sobre el charco, viendo que ella estaba al lado.

Cuando llegó junto al coche, la saludó un chófer de pelo cano totalmente avergonzado.

–Lo siento mucho, señorita. Tenemos prisa y no he visto el charco hasta que ha sido demasiado tarde.

–Yo también tengo prisa, ¿y acaso voy arruinando el día a los demás con mi desconsideración? ¡Debería usted haber tenido más cuidado! ¿Qué se supone que voy a hacer yo ahora? –protestó ella, cada vez más congelada al calarle el agua.

–Vuelve al coche, Louis. No tengo tiempo para esto, vamos a llegar tarde.

Al oír aquella imperiosa voz masculina, Sophie miró hacia el interior del vehículo. Vislumbró el pelo rubio perfectamente cortado y la mirada dura del ocupante y sintió un escalofrío. Pero recordó la orden que había dado a su chófer, como si no le importara nada lo que a ella le sucediera, y le hirvió la sangre.

–¿Cómo se atreve? –profirió ella a gritos–. Estoy empapada y con la ropa hecha un desastre porque ustedes me han salpicado, ¡y lo único que le importa es que usted va a llegar tarde a donde sea! Ojalá tenga un mal día, ¡se lo deseo de veras! Ni siquiera tiene lo que

hay que tener para bajarse del coche y mirarme a la cara, ¿verdad? ¡Por no hablar de disculparse!

–Señorita –intervino el chófer–, permítame ayudarla. Seguro que podemos llevarla a donde se dirija. Si quiere...

Mientras el hombre, mortificado, intentaba reparar la falta de consideración de su jefe, la puerta de atrás del coche se abrió de repente y salió su ocupante. El hombre miró a Sophie con evidente desprecio, como si ella fuera una molesta mosca. Era muy alto y corpulento, algo que podría haber intimidado a Sophie. Sus ojos, verdes y de mirada fulminante, la contemplaron impenetrables.

–¿Qué es lo que quiere de mí? –preguntó él–. Usted no debería haber caminado tan cerca de la calzada, y menos llevando esos ridículos zapatos con esta lluvia. Usted es la única que tiene la culpa de lo que le ha sucedido.

¿Que sus zapatos eran ridículos? Sophie miró las carísimas sandalias que se había puesto como deferencia hacia su amiga y sintió que la furia se apoderaba de ella.

–¿Cómo se atreve a hablarme así? ¡Lo que me pongo en los pies no es asunto suyo! ¿Cómo iba yo a saber que un idiota iba a arruinarlos al pasar con el coche a mi lado y dejarme empapada? ¡Menudo rostro tiene usted!

–Se lo repetiré: ¿qué es lo que quiere que haga? ¿Le reintegro el precio de los zapatos o quiere que pague la tintorería del abrigo? Dígamelo cuanto antes para que pueda seguir mi camino. Ya he perdido un tiempo precioso escuchando sus gritos de verdulera.

Sophie percibió que él tenía acento al hablar, le pa-

reció que holandés. Pero, aparte de eso, ¿cómo se atrevía a llamarla verdulera sólo porque ella no se había dejado pisotear y le había dejado muy claro cómo se sentía?

Al verlo sacar su billetero y ofrecerle dinero, Sophie palideció.

–¡No quiero su maldito dinero! ¿No se le ha ocurrido que una simple disculpa sincera sería suficiente? Me da usted lástima, ahí montado en su coche caro, escondiéndose detrás de los cristales tintados y comportándose como si fuera el rey del mundo. Muy bien, siga su camino, quien quiera que sea. ¡Y espero que no llegue a su importante cita tan tarde como yo voy a llegar a la mía! Pero si eso sucede, recuerde por qué ha sido.

Estaba a punto de darse media vuelta cuando él la sujetó por la muñeca. Sophie se giró, sobresaltada.

–Si no quiere mi dinero, ¿aceptará que la acerque a donde se dirija? Louis me llevará a mi destino y luego la dejará a usted donde desee. ¿Le parece eso bien?

Sophie se soltó y le lanzó una mirada desafiante.

–A falta de una disculpa, y dadas las circunstancias, tendrá que bastar con eso –contestó ella, conteniéndose para no agradecérselo.

Cerró el paraguas y se subió al coche. Una vez sentada, frunció los labios y se concentró en mirar por la ventana mientras él se sentaba lo más alejado posible de ella. ¿Acaso creía que iba a contagiarle algo?, se preguntó Sophie.

–Cuando yo me haya bajado, indíquele a Louis adónde quiere que la lleve –dijo él con reticencia.

Ella no sintió que fuera necesario responder. Comprobó la hora en su reloj y volvió a mirar por la venta-

nilla. No podía dejar de preguntarse si Diana la perdonaría alguna vez por llegar tarde a su boda y, además, con un aspecto desastroso.

Minutos después el Rolls Royce se detuvo delante del edificio del registro. Sophie frunció el ceño, confundida. No le había dicho a Louis adónde tenía que llevarla, así que ¿cómo se había detenido donde iba a celebrarse la boda de Diana y Freddie? Y cuando vio al escultural rubio que tenía al lado salir del coche, se sintió aún más confusa.

–Espere un momento. Aquí es donde me dirijo yo. Voy a la boda de mi mejor amiga.

Él percibió su confusión con una actitud altanera. Sophie se ruborizó de indignación.

–¿Usted va a la boda de Diana Fitzwalter? –preguntó él.

Sophie se quedó helada. ¿Cómo era posible que él lo supiera? Y, lo más importante, ¿conocía él a Diana? ¿De qué? De pronto le asaltó una terrible duda. ¿Acaso él estaría invitado también al enlace?

–¿Usted conoce a Diana? –le preguntó ella, atónita.

–Es mi asistente personal, así que es obvio que la conozco.

¿Ese hombre era Dominic Van Straten, el multimillonario promotor inmobiliario para el que trabajaba Diana? Según su amiga, ese hombre no sonreía ni siquiera cuando sus acciones de la Bolsa se disparaban y aumentaban aún más su riqueza. ¿Qué hacía allí ese hombre, cuando se suponía que la ceremonia iba a celebrarse en la intimidad, con Sophie y un amigo de Freddie como únicos invitados para actuar como testigos?

Diana le había confesado que su jefe la intimidaba

y que la única razón de que siguiera trabajando para él era porque pagaba mucho mejor que nadie.

Sintiendo que las piernas le flaqueaban, Sophie se bajó del coche.

–Yo soy amiga de Diana, me llamo Sophie.

Dominic no hizo ningún esfuerzo por resultar amable: no sonrió ni se presentó a sí mismo. «¿Qué esperabas? Ya sabes que ese hombre es más frío que un glaciar», se dijo Sophie. Miró su reloj y vio que llegaban cinco minutos tarde. La velada, que en un principio iba a ser divertida y agradable, de pronto se había tornado incómoda. Se estremeció y vio que Dominic se daba cuenta de ello, la miraba con impaciencia y comenzaba a subir los escalones del edificio a largas zancadas.

En el vestíbulo se encontraron con Diana, radiante pero muy nerviosa, y su novio, Freddie Carmichael, que sintió un gran alivio al verlos.

–¡Sophie, gracias a Dios! ¿Qué demonios te ha pasado? –exclamó la novia mientras se daba cuenta de las enormes manchas grises en el abrigo y los zapatos de su amiga.

Sophie miró de reojo a su silencioso acompañante y se encogió de hombros.

–Se me ha estropeado el coche y he tenido que venir caminando. Ya te lo contaré más tarde, ¿no es hora ya de entrar?

–Sí. ¡Estoy tan nerviosa! Me alegro de verte, Dominic, te estoy muy agradecida de que hayas podido venir habiéndote avisado tan tarde. ¡Quién iba a saber que el amigo de Freddie iba a caer enfermo de gripe! Es todo un detalle por tu parte sustituirle. ¿Entramos? Creo que el funcionario nos está esperando.

La ceremonia fue conmovedora, pero a Sophie le sorprendió que Dominic no expresara ninguna emoción de ningún tipo, ni siquiera una leve sonrisa. Su presencia le ponía nerviosa. Al final del acto, cuando los dos tuvieron que firmar en el registro como testigos, él lo hizo con tanta gravedad como si estuviera firmando el certificado de defunción de alguien.

Diana le había anunciado que el banquete, con algunos amigos y familiares, se celebraría en el hotel Park Lane Hilton. Sophie se sorprendió rezando para que Dominic no acudiera al banquete. No sería capaz de fingir cortesía hacia aquel hombre que instintivamente no soportaba.

Pero sus plegarias no fueron atendidas. Media hora más tarde, estaba en el vestíbulo del lujoso hotel con una copa de champán en la mano y Dominic a su lado. Sophie se bebió el champán tan deprisa que empezó a toser. Una mano le palmeó en la espalda para aliviarle la incomodidad. ¡Sorprendentemente, era de Dominic!

–Deje que le sujete la copa mientras se recupera, por favor.

–¡Sophie! ¿Estás bien, cariño?

Diana apareció a su otro lado con expresión preocupada. Sophie esbozó una ligera sonrisa y asintió. Agarró su copa de manos de Dominic y deseó que se la tragara la tierra. ¡Ese día estaba siendo el peor de su vida!

–Estoy bien. Me he atragantado con el champán, eso es todo.

Diana se excusó y fue a saludar a unos recién llegados. Sophie y Dominic se quedaron a solas y ella se sintió como en una jaula con un león hambriento.

–La ceremonia ha ido bien, ¿no le parece? –co-

mentó ella, y acto seguido se lamentó en su interior de ser tan tópica.

Seguramente sería mejor si dejaba de intentar ser civilizada con aquel hombre y simplemente le ignoraba. Nunca se perdonaría que la actitud avinagrada de él arruinara el ambiente festivo de Diana.

–¿Le gustan las bodas? –preguntó él, sorprendiéndola, pero sin esbozar una sonrisa ni mostrar ningún gesto amistoso.

Ella lo miró desafiante.

–Lo cierto es que las detesto.

–¿Por qué?

Ella nunca había tenido que explicar ese sentimiento a un extraño, así que no sabía muy bien cómo expresar su aversión.

–Me resultan... poco prácticas. Creo que Diana y Freddie estaban mejor antes. Se crea una horrible tensión cuando las familias se juntan para acontecimientos como éstos, ¿no cree? Además, siempre le toca a uno hablar con gente con la que no le apetece y todo es muy complicado.

Nada más terminar la última frase, Sophie se tapó la boca con las manos al darse cuenta de lo que acababa de decir. Pero al menos el hombre no parecía ofendido. Al contrario, esbozó una ligera sonrisa que transformó su rostro serio y taciturno en algo mucho más humano.

–Deduzco que no está casada, ¿me equivoco?

–No, no estoy casada –respondió ella con rigidez.

Seguro que a él no le sorprendía que estuviera soltera, pensó Sophie ruborizándose. Sabía que ella no era fea, pero tampoco era una belleza, y el hecho de que él la hubiera llamado «verdulera» no le daba una buena imagen ante él.

Él no dijo nada, tan sólo la estudió atentamente, y Sophie se sintió como un bicho raro y deseó marcharse de allí cuanto antes. Pero se obligó a contener sus ganas de salir corriendo por Diana; no quería aguarle la fiesta.

–Tiene que permitirme que le reintegre el importe del abrigo y los zapatos que le he manchado –dijo él de pronto.

Sophie se removió incómoda. Ella no quería su dinero.

–Mire, señor Van Straten. Yo no le gusto y usted no me gusta a mí, así que no tiene que reintegrarme ningún importe y no tenemos por qué fingir que nos llevamos bien, cuando es evidente que a los dos nos gustaría estar en otra parte. ¿Por qué accedió usted a ser testigo en la boda de Diana?

Dominic no dio ningún signo de que su brusquedad lo molestara.

–Ella me pidió el favor y yo acepté encantado. Estoy seguro de que eso le sorprenderá, Sophie.

Lo que le sorprendía tremendamente era que él se hubiera dignado a llamarla por su nombre de pila y mucho más que quisiera hablar con ella después del enfrentamiento que habían tenido.

–Pues sí, francamente. No me da usted la impresión de ser el tipo de hombre que dispensa favores fácilmente.

–¿Ah, no? ¿Y qué tipo de hombre le doy la impresión de ser, Sophie?

«Frío, distante, insensible y con aires de superioridad», pensó ella, pero en lugar de eso contestó:

–Demasiado independiente y centrado en usted mismo como para advertir las necesidades de los de-

más –respondió, y se dio cuenta de que seguramente esas palabras eran peores que las que había pensado en un principio.

Y debían de ser peores, en efecto, porque él frunció el ceño.

–A usted no le preocupa el efecto que puedan causar sus palabras, ¿verdad? No me sorprende que no esté casada. Alguna discusión no va mal de vez en cuando, pero a nadie le gusta vivir al lado de una fiera.

–¡Yo no soy una fiera!

Era cierto que tenía mal genio, pero sólo cuando era testigo de alguna injusticia, como antes, cuando el coche de Dominic le había puesto perdida sin contemplaciones. Y con su sueldo de maestra de primaria le había costado mucho ahorrar para poder comprarse esa ropa tan elegante.

Sophie frunció los labios y se contuvo de responder. Deseó que Diana regresara junto a ellos cuanto antes y aliviara la tensión creciente entre ese hombre y ella.

–No soy una fiera, pero tampoco me asusta decir lo que pienso. Si no fuera porque su chófer ha sido muy amable, señor Van Straten, usted me habría dejado empapada en la cuneta mientras seguía su camino a la boda de mi mejor amiga. ¡Nada de lo que ha hecho o dicho desde entonces me hace pensar que tenga usted alguna cualidad que lo redima!

–¿Ni siquiera el haber evitado que se ahogara?

–¡Usted no ha evitado que me ahogara! –exclamó Sophie, indignada–. El champán se me fue por donde no debía, eso es todo.

–Así que soy demasiado independiente y egoísta para ayudar a alguien que tiene un problema, es eso lo que piensa, ¿no?

–Las acciones hablan por sí solas.

–Entonces, no se preocupe por si voy a comer con usted. No tendrá que sufrir mi compañía durante más tiempo.

Y diciendo eso, Dominic se giró bruscamente y se marchó. Sophie lo observó acercarse a Diana y hablar con ella. Al ver la expresión de sorpresa y consternación de su amiga, Sophie se reprendió por ser la causante de que Dominic se marchara. Era evidente que Diana quería que estuviera en la celebración, por algo le había pedido que fuera testigo del enlace.

«¡Ojalá hubiera contenido mi mal genio!», se lamentó Sophie. Era cierto que a ella le desagradaba Dominic Van Straten, pero aquél debía ser el día más feliz en la vida de su mejor amiga, y ella lo había arruinado. En cuanto logró quedarse a solas con Diana, se disculpó.

–Se ha ido porque lo he asustado.

Diana frunció el ceño.

–Dominic Van Straten nunca huye de nada, más bien al contrario. Me ha dicho que le ha surgido un contratiempo urgente y que tenía que marcharse. Y no me extraña, ese hombre casi nunca descansa. Qué pena... ¡sobre todo porque él ha pagado todo esto!

–¿Tu jefe ha pagado tu banquete de bodas? –preguntó Sophie, horrorizada.

¡Y pensar que ella le había dicho que no le parecía un hombre que dispensara favores!

–Él insistió en pagarlo todo, incluido todo el champán que podamos beber. No es fácil trabajar con él, pero no me negarás que es generoso.

Sophie desvió la mirada mientras intentaba convencerse de que no era culpa suya que él se ofendiera tan